**Domingo 20º del Tiempo Ordinario (A). 20.08.2017: Mateo 15,21-28.**

***“Grande es tu fe, mujer. Muy grande…”* Y yo lo escribo… ¡CONTIGO!**

También en esta ocasión tengo motivos para la indignación. Comprendo que alguien pueda sentirse molesto conmigo por la reiterada denuncia contra los responsables vaticanos de la liturgia que nos escamotean páginas completas del relato de Mateo sobre su Jesús de Nazaret.

Esta es la raíz de mí protesta. Y, por ello, que nadie olvide preguntarse por las raíces o razones de su indignación. Sólo les copio un dato que se nos debía proclamar públicamente en la celebración dominical de este día veinte de agosto por ser la continuación del relato del domingo pasado, día 13 de agosto: *“Entonces unos fariseos y maestros de la Ley llegados desde Jerusalén se acercaron a Jesús y le preguntaron por qué sus seguidores no siguen la tradición… Los discípulos se acercaron a Jesús y le dijeron: ¿Sabes que los fariseos se han sentido ofendidos al oírte?...”*  (Mateo 15,1-20).

El Evangelio, que era y sigue siendo Jesús de Nazaret, y la tradición de la Ley y del Templo no casaban, se repelían. Si se ignora, como ingenuamente pretende la liturgia de la eucaristía católica, este contexto literario-religioso-teológico se corre el peligro de tergiversar adúlteramente la imagen de Jesús de Nazaret que nos quiere compartir el Evangelista Mateo.

Cuando se comprende este contexto, se acepta en toda su hondura la decisión que toma este Jesús de Mateo: *“Jesús se fue de allí* [la región de la Galilea] *y se retiró a la región de Tiro y Sidón* [región pagana por ser tierra que no pertenece a Israel]” (Mateo 15,21). Y estando fuera de Israel, en tierra pagana, se le acerca una mujer de esa tierra y de origen cananeo. Una enemiga de Israel desde que Israel abandonó el destierro en la esclavitud de Egipto y se fue asentando en las propiedades de Canaán, al que se le desposeyó de su patrimonio.

Y, pregunto con plena consciencia: ¿Alguien puede aceptar que aquel Jesús de Nazaret dijera las palabras textuales que Mateo pone en sus labios: *‘Dios me ha enviado sólo a las ovejas perdidas del pueblo de Israel’* (15,24)? Cuando leo esto y aquí no puedo olvidar la primera de las recomendaciones del llamado discurso sobre la misión, el segundo que pone Mateo en labios de su Jesús: *‘Jesús envió a los Doce con las siguientes instrucciones. Que vuestros pies no pisen tierra de gentiles extranjeros ni entréis nunca en ciudades de samaritanos de Canaán’* (Mateo 10,5-6). Nada de todo esto se nos dice en el relato de estos mismos hechos que Marcos (7,24-30) nos cuenta en su Evangelio. ¿Por qué esas diferencias tan notorias?

El galileo y laico Jesús de Nazaret, bien acompañado de cuantos le siguen, pisa tierra pagana y se detiene a compartir la experiencia de vida y de fe con dos mujeres de origen cananeo, una madre y su hija. ¿Endemoniadas por qué demonio o espíritu inmundo? ¿Esclavizadas por el demonio de sus creencias religiosas? Perros indeseables eran los unos para los otros, los judíos para los samaritanos cananeos y éstos para aquellos. Y andando el tiempo, palestinos para judíos, católicos para musulmanes y así… ¿Siempre? ¡Qué rabia de religiones! Sin embargo, esta mujer cananea-samaritana-gentil de Mateo 15,21-28 parece conocer la religión de la Ley de Moisés que debería ser ‘luz para los gentiles’ (luz, no tinieblas de exclusión), para ella y su hija. Pero conoce mejor al galileo Jesús y se ha fiado de su evangelio… **sanador: ¡Mateo 7,12!**

**Domingo 39º del Evangelio de Marcos (20.08.2017): Marcos 10,46-52.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Mc 16,6-7).**

Un ciego recupera la vista y sigue a Jesús que es el camino (Marcos 10,52). Este ciego tiene un nombre o una identidad: Bar-Timeo (El hijo de Timeo). Pero en Mateo, que también cuenta este mismo relato de curación, son dos ciegos los que recobran la vista y no tienen nombre (Mateo 20,29-34). El Evangelista Lucas también nos comunica este mismo suceso, pero se ha olvidado de constatar ‘su ¿partida de bautismo pagano?’, porque no dice el nombre del ciego que ve (Lucas 18,35-43). Las muchas diferencias ni anulan ni enturbian las semejanzas.

El hecho sucede, según los tres narradores y curiosamente, en la ciudad de Jericó. Aunque sea en la entrada o en la salida de la ciudad. Fue por esta ciudad por la que entró el viejo pueblo de Israel para tomar posesión de la tierra de Canaán que le había prometido su Yavé Dios que se la arrancaba de las manos a los propietarios cananeos. Esta ‘película o gesta religiosa’ es la que se cuenta en el Libro de Josué, que muy bien merecería la pena echarle una ojeada.

Por esta ciudad de Jericó que es la puerta de entrada en la tierra de la liberación entró Israel entonces y entra Jesús de Nazaret con quienes le acompañan. Esta tierra tiene su capital ‘neuronal’ en Jerusalén. Aquí acaba la tercera etapa de ese camino que comenzó Jesús en la alta Galilea de Cesarea de Felipe (Mc 8,27-30) con una pregunta que esperaba respuesta entonces y que la sigue esperando ahora. ¿Quién decís que soy yo? ¿Qué decimos tú y yo ahora sobre aquel Jesús de Nazaret del que hablamos tanto sin cansarnos ni agotarle?

En el recodo final de ese camino. En la orilla, como un marginado, está sentado un mendigo y ciego que se llama Bartimeo, como bien ha investigado la narradora María Magdalena. La única Evangelista que se ocupó de saber su nombre: El hijo de ‘el Timeo’. A veces, muchas, he pensado que la identidad de este personaje no es otra que la de la propia María Magdalena, identificada como ciega y mendiga, hasta que se encontró con aquel laico y tan galileo como ella misma y se hizo de los suyos y suya. Lo abandonó todo en ese gesto tan evocador del abandono del manto. Confió en él, se levantó, se acercó y ¡se fundieron en un abrazo!

 ¿Su ceguera?, ¿era de no ver con sus ojos o de no creer-pensar-confiar en aquel camino que era la persona del galileo Jesús de Nazaret? ¿Quién es éste? ¿Quién es Jesús de Nazaret? Y esta pregunta me la estoy haciendo yo mismo, ahora y hasta CONTIGO, que me acompañas y con quien escribo semana tras semana. Y nos estamos haciendo esta pregunta después de habernos ya leído aquello del final del relato que esta mujer evangelista y evangelizadora nos dejó escrito en 16,1-8: ***“Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le* veréis”.**

Aquí, en Jericó, en las puertas de Jerusalén, se acaba Galilea. Y se acaba de estar en ella cuando se le ‘ve a Jesús’ y se identifica uno con él y con su camino. Y se expresa en ese abrazo compartido cuerpo con cuerpo. Aquí y así se le ‘ve a Jesús’ que vive en ti, su resucitador. Vive en ‘el en ti’ de aquella María Magdalena, la escritora, y en ‘el en ti’ de cuantas personas llevan dentro el evangelio que era y es aquel hombre, laico, galileo y humano Jesús de Nazaret. ¿Acaso no es todo esto, se explique como se explique, lo que se nos está anunciando con esta expresión de Marcos-María Magdalena, repetida una vez más: *‘Tu fe te ha salvado’?* (10,52).